

ANTONIO MESTRE SANCHIS\*

## CAVANILLES Y LOS ILUSTRADOS VALENCIANOS

### RESUMEN

La adscripción de Cavanilles a la escuela tomista determinó sus amigos y protectores. Así aparece incluido en el círculo de Pérez Bayer, Muñoz y Blasco. Estos le propiciaron la docencia en Murcia y la preceptoría de los hijos del duque del Infantado. Su marcha a París no interrumpió la comunicación con los miembros del grupo. En 1784, con motivo del artículo de Masson, entró en relación con Juan Antonio Mayans y el jesuita exiliado Juan Andrés. La correspondencia con sus amigos demuestra tanto su conocimiento de los *filósofos* como su apertura a la ciencia moderna.

### RÉSUMÉ

La relation de Cavanilles avec l'école thomiste détermina ses amis et protecteurs. Il fut ainsi inclus dans le cercle de Pérez Bayer, Muñoz et Blasco. Ceux-ci lui facilitèrent l'enseignement à Murcie et la place de précepteur des fils du duc de l'Infantado. Son départ à Paris n'interrrompt pas la communication avec les membres du groupe. En 1784, comme suite à l'article de Masson, il se mit en relation avec Juan Antonio Mayans et le jésuite exilé Juan Andrés. La correspondance avec ses amis démontre autant sa connaissance des *philosophes* que son ouverture à la science moderne.

En 1975 hice público mi juicio sobre el desembarco de un grupo de ilustrados valencianos en la Corte de Carlos III<sup>1</sup>. En la primera mitad del siglo las incomprensiones sufridas por nuestros hombres de letras fueron evidentes y sus proyectos reformistas ignorados.

El deán de Alicante, Manuel Martí, vio rechazada su candidatura a bibliotecario real al ser acusado de austracista y antijesuita. Y Mayans, que fue nombrado bibliotecario de Felipe V, encontró numerosos obstáculos en sus proyectos y sus ideas fueron desoídas. Así el silencio administrativo de José Patiño cuando solicitaba el cargo de cronista de Indias, de José de Carvajal que nada quiso saber de los trabajos regalistas del valenciano en colaboración con el Fiscal de la Cámara de Castilla y del confesor del rey P. Fèvre, o el desprecio de Rávago cuando le propusieron a Mayans para suceder a Nasarre en la real

---

\* Departament d'Història Moderna. Universitat de València.

<sup>1</sup> A. MESTRE, "Un grupo de valencianos en la Corte de Carlos III", en *Estudis* 4 (1975), 213-230. Incluido en A. MESTRE, *El mundo intelectual de Mayans*, Valencia 1978, pp. 215-240.

biblioteca. Mayans fue acusado de antiespañol en el *Diario de los literatos de España*, marginado por los grupos intelectuales de la Corte, en especial por Blas Antonio Nasarre, y al ver rechazada la censura que redactó, por encargo del Consejo de Castilla, contra la *España primitiva* de Huerta y Vega, diarista y académico de la Lengua y de la Historia, abandonó la Corte. Más aún, su Academia Valenciana, fundada en 1742, dedicada al estudio crítico de la historia, fue marginada por la autoridad política (gobierno central) y por las instituciones culturales (Real Academia de la Historia). Tampoco fue recibida con entusiasmo por los hombres de letras valencianos que se acobardaron ante la persecución sufrida por el erudito con motivo de la edición de la *Censura de historias fabulosas* de Nicolás Antonio (1742)<sup>2</sup>

No puedo menos de constatar el hecho de que precisamente por esas fechas se inicia el éxodo de nuestros ilustrados hacia la Corte. Pérez Bayer, abandonando su enseñanza en Valencia, opositó a la cátedra de hebreo de Salamanca (1746) pero, con el apoyo de jesuitas y colegiales, pronto se vio inmerso en la vorágine político-cultural cortesana como miembro de la Comisión de Archivos, creada por el equipo gubernamental (Carvajal, Ensenada y Rávago) para amedrentar a la Curia Romana. Pocos años después, Andrés Piquer abandonó su cátedra de medicina en la Universidad de Valencia para trasladarse a Madrid como médico de la Corte (1752) Eran los primeros pasos de un proceso de amplias consecuencias para el movimiento ilustrado valenciano<sup>3</sup>.

Ahora bien, el proceso tardó en cristalizar porque las circunstancias no eran propicias. Los jesuitas consideraban que nada bueno podía hacerse en España en el campo de las letras sin los padres de la Compañía que, de hecho, controlaban desde el confesionario regio a la real biblioteca y, en consecuencia, los proyectos literarios. De Rávago surgieron las ideas de imprimir la *Bibliotheca arabico-hispana-escurialensis* de Casiri y la reedición de la *Biblioteca hispana* de Nicolás Antonio. La descomposición del equipo gubernamental con la muerte de Carvajal, el destierro de Ensenada y el abandono por Rávago del confesionario regio, marcaron un viraje significativo. Los manteistas accedieron lentamente al poder, alentados en principio por Ricardo Wall, después por Carlos III y su triunfo resultó evidente con el nombramiento de Roda como Secretario de Gracia y Justicia (1765)<sup>4</sup>.

Son los años del viraje de Pérez Bayer. De protegido por jesuitas y colegiales, pasó en unos años a ser amigo de Campomanes, confidente e íntimo de Roda (embajador ante la Santa Sede mientras Bayer residía en Roma con la ayuda económica del gobierno), favorecido por Ricardo Wall y, sobre todo, consiguió el afecto de Carlos III a quien visitó en Nápoles. El momento decisivo tuvo lugar en 1767, con la expulsión de los jesuitas. El 5 de mayo escribía don Gregorio a Roda unas expresivas palabras: "Aquí la juventud está animosa para llenar el vacío que han dejado los de la Compañía que, aunque estaba vanamente ocupado, por fin era grande"<sup>5</sup>. Y, desde la Corte, escribía Cerdá Rico a don Gregorio: "Ahora es la ocasión más a propósito para que levanten la cabeza las letras, pues se ha quitado el mayor estorvo...Ninguna ocasión mejor que ésta para reformarse los estudios en España"<sup>6</sup>.

<sup>2</sup> Puede verse, entre otros trabajos, A. MESTRE, *Historia, fueros y actitudes políticas. Mayans y la historiografía del siglo XVIII*, Valencia 1970.

<sup>3</sup> Sobre Pérez Bayer, cf. G. MAYANS y SISCAR, *Epistolario VI, Mayans y Pérez Bayer*, transcripción, notas y estudio preliminar de A. MESTRE, Valencia 1977.

<sup>4</sup> Cf. mi estudio preliminar a G. MAYANS y SISCAR, *Epistolario VII, Mayans y Martínez Pingarrón 1*, Valencia 1987.

<sup>5</sup> G. MAYANS y SISCAR, *Epistolario X, Mayans con Manuel Roda y el conde de Aranda*, Valencia 1990.

<sup>6</sup> Texto en A. MESTRE, *Ilustración y reforma de la Iglesia. Pensamiento político-religioso de don Gregorio Mayans y Siscar (1699-1781)*, Valencia 1968.

Cerdá pensaba en Mayans para la empresa y, de hecho, el erudito había recibido el encargo de redactar un informe sobre la reforma de los estudios que envió al Secretario de Gracia y Justicia<sup>7</sup>. Lo mismo hicieron Olavide desde Sevilla y Tavira desde Salamanca<sup>8</sup>. Pero en política la distancia es un factor decisivo. Don Gregorio había dejado claro, en su visita a la Corte en 1766, que no pensaba abandonar Valencia, Olavide residía en Sevilla y Tavira, catedrático en Salamanca, difícilmente podían mover los hilos de la reforma y llenar el vacío dejado por los jesuitas.

Otro personaje iba a ocupar ese vacío: Pérez Bayer. Ausente en Benicàssim en el momento del extrañamiento de los jesuitas, fue llamado con urgencia y nombrado preceptor de los Infantes reales, cargo que habían ocupado los padres de la Compañía desde la llegada de los Borbones. Y Bayer no se creía destinado a enseñar latines a los pequeños vástagos de la familia real. Su cargo era un modelo del nuevo método de enseñanza y el instrumento de orientación cultural y de control docente. La exhibición ante la Corte de los frutos de su enseñanza (1769) era un símbolo, pero sus intenciones eran más ambiciosas: control del Instituto de San Isidro en la Corte, reforma de los Colegios Mayores, control de la Universidad de Valencia y, como medio necesario, del cabildo de la Catedral...

Para ello, Pérez Bayer necesitaba de dos instrumentos. Primero, la confianza del poder político que le permitiera actuar con seguridad. Y la tuvo. La cercanía a la familia real con el afecto de Carlos III y del Infante don Gabriel, su discípulo predilecto, así como la sincera y constante amistad de Roda desde la Secretaría de Gracia y Justicia (con el control de los nombramientos eclesiásticos y las normas de reforma universitaria) le armaban de un enorme instrumento de poder. Segundo, un equipo de amigos fieles y capaces de llevar a la práctica sus ideas y proyectos. Y la creación del equipo de valencianos, fieles a sus criterios, fue buscado con constancia y habilidad.

De creer a Juan Antonio Mayans, los politíqueos de los valencianos en la Corte se iniciaron en 1767 en torno a Pérez Bayer. Puede que con el nombramiento de Bayer como preceptor de los Infantes reales los hechos se hicieran visibles, pero con anterioridad el hebraísta fue rodeándose de sus amigos valencianos. Raimundo Magí, mercedario, "amigo y paisano", del círculo de Roda y colaborador en la campaña contra los Colegios Mayores. Manuel Monfort, hijo del impresor que, después de estudiar en la Real Academia de Nobles de San Carlos de Valencia, se trasladó a Madrid en 1761 donde encontró el favor de Bayer que acabó nombrándole tesorero de la Real Biblioteca. En 1763, Felipe Bertrán, nombrado obispo de Salamanca, pasó por la Corte, se hospedó en casa de Bayer, que lo inició en los vericuetos cortesanos. Este influjo eclesiástico de Bayer se amplió con el nombramiento de Climent para la sede de Barcelona (1766) y de Tormo en Orihuela (1767).

Ahora bien, Martínez Pingarrón, el confidente de don Gregorio en la Real Biblioteca, constataba la circunstancia: "En efeto, llegó nuestro amigo D. Francisco Pérez Bayer, besó la mano, pasó a Toledo, volvió el sábado i ayer empezó su egercicio de preceptor de los Srs. Infantes. El nombre de preceptor no significa lo que vulgarmente entendemos, sino un gefe de estudios de sus Altezas, lo qual denota que avrá otros maestros bajo de su dictamen; i assí le entienden por Director" (14-IV-1767). Con ello el ámbito de poder de Bayer se amplió enormemente. En 1768 Vicente Blasco, el futuro rector de la Universidad

<sup>7</sup> M. y J. L. PESSET, *Mayans y reforma universitaria. Idea del nuevo método que se puede practicar en la enseñanza de las Universidades de España*, Valencia 1975, y en el *Epistolario* de Mayans con Roda, ya citado.

<sup>8</sup> A. MESTRE, "Ilustrados y reforma universitaria: las escuelas", en *Universidades españolas y americanas*, Valencia 1987, pp. 395-402.

de Valencia, que tenía divergencias con el lugarteniente de la orden de Montesa, marqués de Angulo, con motivo de la publicación del Bulario de la orden militar, marchó a Madrid y pronto, con el favor de Bayer, fue nombrado preceptor del Infante Francisco Xavier, “junto con Yeregui, vizcaíno, bajo la dirección de Dn. Francisco Pérez, preceptor de sus Altezas, cuya constancia y manejo ha prevalecido contra los otros pretendientes”<sup>9</sup>. Muerto el Infante Francisco Xavier, Blasco colaboró con Bayer en la traducción del *Salustio* atribuida al Infante don Gabriel.

Dos años después, fue Juan Bautista Muñoz el que abandonó la universidad valenciana. De acuerdo con Mayans y Felipe Samaniego (director provisional del Instituto de San Isidro), Muñoz iba destinado a profesor de retórica en el Instituto. Pero la intervención de Bayer cambió el proyecto y Muñoz fue nombrado cosmógrafo mayor y, años después, cronista de Indias y encargado de responder a las críticas de Robertson en su *Historia de América*, lo que daría pie a la creación del Archivo de Indias<sup>10</sup>.

Otro valenciano, Cerdá Rico, les había precedido en su marcha a la Corte (1760), pero independiente y muy vinculado a la línea historiográfica mayansiana, no se plegó a los criterios de Pérez Bayer y quedó un tanto marginado del grupo. En colaboración con Fernando de Velasco (otro amigo de Mayans) y dentro de los proyectos de la Real Academia de la Historia contribuyó a la edición de las *Crónicas de España*, pero nunca aparece en las intrigas del grupo de Bayer, antes bien se queja de su marginación por parte del grupo de paisanos y, en concreto, de Bayer.

Hay un testimonio posterior, sin ninguna pretensión de crítica, que demuestra la existencia y cohesión del grupo. Cuando en agosto de 1780 Joaquín Lorenzo Villanueva llega a Madrid, después de su frustrada docencia en el Seminario de Orihuela, fue acogido por Juan Bautista Muñoz en su casa y el entonces cosmógrafo mayor le presentó a sus amigos, “especialmente de Blasco, que vivía con él”, de Cerdá Rico, Ignacio de Ayala, Casiri, Risco, Pedro Montoya, Raimundo Magí, Antonio Tavira “y, sobre todo, del sabio bibliotecario mayor don *Francisco Pérez Bayer*, a quien me reconozco deudor de mi tal cual afición a las lenguas orientales”, y a continuación hace un caluroso elogio de Campomanes y de manera especialísima de Pérez Bayer<sup>11</sup>. No podemos olvidar que Bayer, Blasco, Muñoz y Magí formaron el núcleo del grupo valenciano en la Corte.

#### CAVANILLES, MIEMBRO DEL GRUPO VALENCIANO

Pero había otro personaje en la Corte durante la formación del grupo, vinculado a Valencia y que contribuyó a favorecer a Cavanilles. Se trata de José Pérez, profesor de Blasco en la Universidad, y que, según Florensa, fue uno de los introductores de la filosofía moderna entre nosotros<sup>12</sup>. José Pérez era, en 1766, cuando Mayans fue a la Corte a recibir el galardón de Alcalde Honorario de casa y Corte, bibliotecario del duque de Alba y, como canónigo de Murcia y, años después, rector del seminario de san Fulgencio, es necesario tenerlo en cuenta para entender la peripecia vital de Cavanilles.

Juan Antonio Mayans, en carta posterior, y reconociendo los elogios que había tributado Cavanilles a don Gregorio en sus *Observations de M. l'abbé Cavanilles sur l'article Espagne*

<sup>9</sup> Juan Bautista Hermán a G. Mayans, 12-IV-1768, Biblioteca-Archivo Municipal de Valencia, Serrano Morales 7268-24.

<sup>10</sup> Prólogo de Antonio MESTRE a J. B. MUÑOZ, *Historia del nuevo mundo*, Valencia 1990

<sup>11</sup> J. L. VILLANUEVA, *Vida literaria*, 2ª ed., Introducción y notas de G. RAMÍREZ, Alicante 1996, vol. I, cap. 2.

<sup>12</sup> J. FLORENSA, “Filosofía en la Universidad de Valencia (1733-1787) según los opositores a cátedra de filosofía”, en *Analecta calasanciana*, 21 (1969), pp. 152-156.

de la *nouvelle Encyclopedie* (Paris 1784), añadía: “Vm. juzga muy bien en orden a Cavanilles. Con todo, si hubiese escrito en Madrid, apenas hubiera nombrado a mi buen hermano, porque los que le han hecho la fortuna son bayerianos...”<sup>13</sup> Tengamos en cuenta este juicio de Juan Antonio para entender las relaciones de Cavanilles y el origen de su carrera.

Fracasado en sus oposiciones a profesor de la Universidad de Valencia, Cavanilles fue preceptor de los hijos de Caro de Briones, oidor de la Audiencia valenciana, después regente en Oviedo (1770-1773) y consejero de Castilla (1773-1774) Quiere esto decir, que en las fechas de consolidación del grupo, Cavanilles, que acompañó a Caro de Briones, residía en Madrid. Al morir Caro de Briones, fue nombrado profesor de Lógica del seminario de san Fulgencio de Murcia, cuyo rector era José Pérez. No hace falta decir quiénes hicieron las gestiones. Y en Murcia enseñó año y medio. En enero de 1776 fue nombrado preceptor de los hijos del duque del Infantado y unos meses después marchó a París con la familia del aristócrata.

Yo suponía en 1983, cuando redacté mi artículo, *Cavanilles entre la Ilustración y la política*<sup>14</sup>, que uno de los valencianos del grupo de Bayer había aconsejado al duque confiase la educación de sus hijos al futuro botánico. Hoy puedo confirmar que fue Blasco quien recomendó a Cavanilles, como confesó personalmente: “Por esto, quando se trató de Ayo, y yo supe que eran los duques del Infantado quienes le buscaban para sus hijos, haviendo propuesto a Vm., nunca quise hablar otra cosa, sino que SS. EE. obrasen como les dictase su corazón después que experimentasen lo que Vm. era”<sup>15</sup>. La vinculación de Cavanilles con el grupo valenciano en la Corte, dirigido y controlado por Bayer, no admite dudas, y, si alguien las tuviere, la correspondencia del botánico durante los primeros años de París las elimina.

Los años de residencia de Cavanilles en París tienen una importancia excepcional en su vocación científica. Pero, además, constituyen un testimonio de primer orden de su conocimiento de la ilustración francesa. Así quedó patente en sus *Cartas* a José Viera y Clavijo, publicadas por Alejandro Cioranescu (1981). Pero las cartas intercambiadas con los ilustrados valencianos, residentes en Valencia (Juan Antonio Mayans y Vicente Blasco), Madrid (Muñoz y Vicente Blasco) o en exilio italiano (Juan Andrés) demuestran la existencia de unos lazos intelectuales que merecen nuestra atención.

Todos coincidían en mirar a París como el centro cultural del mundo y deseaban noticias sobre la vida intelectual. Muñoz solicitó, desde el primer momento, noticias religiosas o literarias, descritas con minuciosidad, “nombre y apellido, empleos, rentas, escritos, motivo de ellos i año de impresión, edad i hasta la estatura i fisionomía” (15-IX-1777). Blasco se queja de la brevedad de sus noticias (19-IX-1776) y Andrés, además de solicitar noticias científicas y literarias, que agradece cordialmente, da la razón de ese interés: “essa ciudad llama la atención de los forasteros no menos que de los franceses, y París por esta parte viene a ser la capital de toda la Europa” (19-I-1785)

No puede sorprender, dados el ambiente universitario y la formación de los valencianos, su interés por el jansenismo francés. Vicente Blasco, apenas llegado Cavanilles a París (de cuyo viaje tuvo noticias por Muñoz) pregunta si, al pasar por Lyon, visitó al

<sup>13</sup> J. A. Mayans a J. Vega Sentmenat, 8-I-1785, Biblioteca Municipal Valencia, Fondo Serrano Morales 7276-60.

<sup>14</sup> Publicado en *Saitabi* en 1983, fue reimpresso en A. MESTRE, *Influjo europeo y herencia hispánica*, Valencia 1987.

<sup>15</sup> Blasco a Cavanilles, 8-IV-1783, Archivo de Real Jardín Botánico de Madrid. De ahora en adelante, las cartas de Blasco, Cavanilles, Muñoz y el jesuita exiliado Juan Andrés, que aparecerán sólo citadas por la fecha, se conservan en el Archivo del Jardín Botánico, que he podido consultar gracias a la generosidad de mi amigo el catedrático de la Universitat de València Joan Mateu. En cambio la correspondencia con Juan Antonio Mayans se conserva en el fondo Serrano Morales del Ayuntamiento de Valencia.

famoso arzobispo, “*ce chef des jansenistes*”, y manifiesta el deseo de saber de su carácter, sabiduría, virtudes, respeto que merece de sus feligreses, teólogos que le asisten...; y, por supuesto, defiende al arzobispo de que en la “Pastoral sobre el origen de la incredulidad y los fundamentos de la religión” plagiera a Duguet. En cualquier caso, el autor de la Pastoral bebió en las mismas fuentes (Escritura, Concilios y Santos Padres) que Duguet y no en las novedades de la *brochure* escrita contra la Pastoral que supone será de un jesuita. Al mismo tiempo, Blasco pide a Cavanilles que visite al librero Fournier (que servía a todos los ilustrados valencianos del grupo de Bayer) y solicite todas las obras de Duguet y las *Regles pour l'intelligence des Escritures* en defensa del jansenista francés (19-IX-¿1777?). No menos explícito es Muñoz: “Hogaríá que visitases el lugar donde escribieron san Ciran, Arnaud, Nicolé i sus ilustres compañeros, i me dieses individual razón de las reliquias de aquel Port-Royal, que Dios quitó del mundo, porque el mundo no era digno de él” (15-IX-1777)

Blasco continuó siempre interesado por el jansenismo y encargó la suscripción de *Nouvelles ecclesiâstiques* para la condesa de Montijo (18-VII-1778). En cambio, Muñoz, junto al jansenismo, se interesó por el humanismo en torno a Vives, “*cuius res praecipue mihi cordi sunt*”, dado que nuestro humanista estudió en París hacia 1509, deseaba saber cuándo empezó los estudios, en qué colegio residía y cuanto pueda averiguar por los libros de matrícula. En el fondo, Muñoz pedía muchas noticias de Vives. Sabía que nuestro humanista mantuvo cordial amistad con Budé y sólo conocía 6 cartas (5 de ellas son de Budé) e incitaba al amigo a que “si pudiese hallarse entre los manuscritos de esse (Budé) (que no dejarán de guardarse en la biblioteca del rei), me alegraría tener una copia”, así como la correspondencia de Vives con Germano Brixio. Y, por supuesto, deseaba un ejemplar del *Poëtico astronomicon* de Higinio (París 1536) y otro de la edición de los *Diálogos* (París 1539), si pudiese con notas de Juan Tomás Freigio. Pero lo que sorprende es el interés por conseguir todas las obras de Petrus Ramus, para demostrar que el antiaristotélico protestante francés copió a Vives: “Algunas veces me havrás oído hablar de los hurtos que Pedro Ramos hizo de nuestro Vives”. Y después de indicar las obras de Ramos que tiene (6 títulos), añade: “Veas cómo buscar las que me faltan” (15-IX-1777). Y otro encargo: cuando vaya a Flandes, busque los manuscritos que allí se conserven de Vives en Brujas donde vivió y en Lovaina donde enseñó. Muñoz no olvidará nunca su vivismo y continuará solicitando obras de Vives en ediciones antiguas: *Declamationes* (Lovaina 1519, Basilea 1538) y *De Europae desidiis et bello turcico* (Brujas 1536). Y, en cuanto al humanismo en general, volverá a abordarlo en 29 de diciembre de 1777, solicitando que busque por los archivos datos sobre los españoles que estudiaron y enseñaron en París en el siglo XVI, “si tuvieras el furor de averiguar anécdotas literarias que siempre he procurado infundirte”.

Ahora bien, sin olvidar el humanismo y el jansenismo (pedirá las obras de Nicolé), poco a poco el interés de Muñoz se va centrando en los ilustrados franceses, que ya se vislumbra desde el primer momento. Además de preguntar el nombre y apellidos del abad de Condillac, escribe al final, como una recomendación: “Procura hacer visitas a los señores D’Alembert, Buffon, Condillac, Diderot, La Lande i sus semejantes” (15-IX-1777). Algunos datos concretos nos darán idea del nivel de conocimientos que tenían nuestros ilustrados de las corrientes intelectuales europeas, en especial de Francia, y de la intensidad de los intercambios intelectuales.

Es bien sabido que Mayans recibió las obras de Voltaire, de Montesquieu y la *Enciclopedia* muy pronto, enviados por el librero Cramer desde Ginebra. Ahora serán remitidos desde París por el librero Fournier. “El bueno del hombre varias veces ha

embiado unos libros por otros. Ahora nos embía de Locke *L'Essai sur l'entendement, sur l'education* i otras, que ya tengo, porque le pedí las *Oeuvres diverses, ou sont contenues Epitre sur le tolerance, Methode des recueils et quelques ouvrages posthumes*, impresas por diligencia de Juan Le Clerc en Rotterdam 1710. Me harás el favor de buscar este libro i *l'Usage de la raison et de la foi par Silvain Regis*, con que completo las obras de este filósofo cartesiano" (29-XII-1777)

En esa línea, podemos comprender fácilmente que Muñoz no se quedara sólo en la adquisición de las obras de Locke. Al año siguiente, sus cartas son más audaces. "Has hecho bien en tomar los diez tomos de Buffon...las obras de Hobbes i Spinoza las tomaría a precio más moderado. Por el que tú dices, las ofrece Fournier en el catálogo que embió algún tiempo hace" (3-VI-1778) Y el 9 de julio siguiente, después de quejarse de que da noticias sobre D'Alembert y Rousseau demasiado breves y sin un profundo análisis de los hechos, hasta el extremo de que sus "noticias podría darlas qualquiera hombre falto de toda instrucción", escribía con rotundidad: "Bien supones que desearía saber mil cosas de Buffon, Diderot, D'Alembert, Condillac etc., i no hablas más que un pez. Yo a todos hubiera visitado, hubiera visto sus libros, su modo de estudiar, adelantar i escribir. Tú haces tus cursos (lo que apruebo) sin meterte en lo que sólo puede saber quien está personalmente en París. O eres poco curioso, o me crees tal, si satisfaciendo tu curiosidad, no cuidas de la mía. Bueno es ver los edificios, pero antes que todo devieras ver i examinar los hombres". Estamos ante dos caracteres diferentes: el científico, que acabará obsesionado por la botánica, y el humanista, interesado por el pasado, los manuscritos y archivos, la evolución del pensamiento y el carácter de las personas.

Por su parte, Muñoz informó sobre los hechos culturales de la Corte madrileña: privación del monopolio de la Compañía de libreros, la normalización de la ortografía castellana, los problemas relacionados con su polémica con el abate italiano Pozzi, o los trabajos de Bayer sobre las monedas con el encargo del hebraísta de que visitara a los maurinos de Saint Germain des Prés. También hablará del encargo hecho por el ministro de Indias (Gálvez) de que redactara una *Historia del nuevo mundo* en respuesta a Robertson (18-VII-1788) o su criterio de que la *Lógica* del Genuense o de Verney tienen bastante materia para la formación de los hijos del duque. Y hasta criticará a los manteístas que no piensan en la necesaria creación de la Academia de Ciencias (3-VI-1778) y, de manera especial, a Campomanes por su actitud en el caso Pozzi que tanto preocupó a Muñoz (31-VIII-1778). La antipatía de Muñoz hacía Campomanes resulta comprensible, y en todas las circunstancias, en relación con Bayer. Muñoz iba destinado a profesor del Instituto de San Isidro, y la intervención de Bayer lo apartó de esa candidatura y, además, eliminó a su director Felipe Samaniego (criatura del Fiscal de Castilla). Más aún, Campomanes, director de la Academia de la Historia propiciaba la traducción de la obra de Robertson, y el encargo hecho a Muñoz (a mi criterio por influjo de Bayer) humillaba su proyecto y quitaba a la Academia el cargo de cronista de Indias.

Por lo demás, Muñoz no acababa de explicarse por qué en *Nouvelles ecclésiastiques* no habían hecho una reseña de su libro contra Pozzi, cuando ya salió una recensión muy elogiosa "en la literaria de Florencia". La razón, a su juicio, -y de nuevo vuelve a surgir la animosidad contra el grupo del Fiscal del Consejo-, "será porque el Sr. Heredia<sup>16</sup> es amigo de Samaniego" (protegido de Campomanes) que había sido desplazado de la dirección del Real Instituto de San Isidro de Madrid por la habilidad de Bayer de acuerdo con Roda (20-IV-1779).

<sup>16</sup> Heredia era el secretario de Aranda en la embajada de París.

Pero, además de las preocupaciones por asuntos culturales españoles y los suyos propios, Muñoz está vivamente interesado por conocer las últimas publicaciones de los “filósofos” parisinos. Valgan como testimonio estas palabras del ya nombrado cronista de Indias: “Yo creía haverme explicado bastante sobre lo que tenía de Buffon; hablaré más claro. Tengo desde la *Teorie de la terre* hasta el índice de *L’histoire des oiseaux*, donde está la historia del hombre, de los cuadrúpedos i de los pájaros en 38 tomos en 12<sup>o</sup>, impresos en la imprenta real de París desde 1752 hasta 1775. Quiero en tomos de igual tamaño todo el resto de las obras de Buffon.- Item más, de Charles Bonnet el *Traité d’insectologie*, si no está caro, que otra obra de este autor vino otra vez más cara de lo que yo quisiera.-Item, *Memoires sur les Polypes par Mr. Trembley*.- Item, si en alguna de las ventas, que dices, se hallase barata *L’Historia general des voyages* par M. Orevot. Lo mismo digo de las obras de *Hobbes* i *Spinoza*, que me hacen falta para completar mi colección de filósofos. Si M. de Condillac da al público el segundo tomo *du commerce et du gouvern*, márcalo por mí. Tengo todo lo de este metafísico i quiero tener quanto salga en adelante” (20-IV-1779).

Después, inmerso en la tarea de recoger documentos sobre el descubrimiento y colonización de América y de la creación del Archivo de Indias, sus preocupaciones se centrarán más bien en sus reflexiones sobre el método y “las leyes de la historia”, con fidelidad a la verdad, no escribiendo una sátira pero tampoco una apología. En este sentido, poseía la obra de Mably y deseaba conocer los juicios de Raynal: “Entretanto sepas que he holgado ver confirmadas muchas meditaciones mías en el *Método de escribir la historia* por el abad de Mably. Y holgaré aún más de leer los sucesos de esta última guerra descritos por este sabio...Procura recogerme esa obrita de Payne donde están descubiertos parte de los defectos de Raynal i todo aquello que juzgues oportuno para ayudarme en mi empresa” (31-XII-1783).

#### CAVANILLES AMPLÍA SU HORIZONTE: JUAN ANTONIO MAYANS Y JUAN ANDRÉS

En 1784, Cavanilles amplía el círculo de sus correspondientes (los bayerianos y Viera Clavijo) con motivo del artículo *Espagne* de Masson de Morvilliers, aparecido en la *Enciclopedia metódica*. Según las cartas escritas a Viera, parece que el encargado de redactar el artículo era el geógrafo Mentelle, a quien nuestro botánico dio “noticias sobre Asturias, Murcia y Valencia”. Pero sus datos no eran exactos y fue Masson el redactor de un artículo lleno de desprecios y de afirmaciones insolentes que demostraban un profundo desconocimiento de nuestra historia. Cavanilles pensó inmediatamente responder al “insulto” de Masson y “me he propuesto demostrar aquí el montón de disparates y falsedades que acumulan, en lo que tengo yo mucho trabajado, pero para que salga con perfección le he de deber a Vm. me suministre sin pérdida de tiempo el nombre de los que se distinguen en la ciencia, sus producciones y méritos...” Estas palabras, escritas a Viera y Clavijo el 6 de enero de 1784, demuestran su intención de pedir ayuda y consejo. Escribió también a Juan Antonio Mayans, Muñoz, Antonio Ponz, Trigueros, Cerdá Rico (que parece no contestó según quejas del propio Cavanilles), Juan Andrés.

Juan Antonio Mayans, que había recibido un extenso resumen del artículo de Masson y una síntesis de las líneas de las *Observations* de Cavanilles, respondió con afecto, evocando las obras de su hermano don Gregorio y comunicando noticias sobre Cerdá Rico, Muñoz, Finestres, Vega Sentmenat, Casal, Jorge Juan, Rodríguez de Castro y su *Bibliotheca Rabínico-española*, Montengón o la edición de las *Crónicas*, “que publica D. Eugenio Llaguno”, y, como no podía ser menos, daba noticia de la colaboración de

don Gregorio con Gerardo Meerman o la actividad literaria de los jesuitas exiliados, Nuix o Juan Andrés (9- y 12-II-1784). La correspondencia continuó centrada en la historia cultural española y la actividad y méritos de don Gregorio. Años después, Juan Antonio respondió a temas puntuales suscitados por Cavanilles y defendió al botánico en la polémica suscitada por su teoría sobre el cultivo del arroz como origen de las tercianas.

De mayor alcance fue la correspondencia con Juan Andrés. El ex-jesuita no tardó en enviar, por medio de su hermano Carlos, dos cartas a París, relativas al medallón del museo Branchini y una copia de la escrita al cardenal Valenti Gonzaga, antiguo nuncio en Madrid (3-IV-1784). Así empezaba una interesantísima correspondencia que nos permite conocer el alto nivel cultural de los ilustrados valencianos. Hablar del valor del *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura* no procede aquí, ni es necesario, pues constituyó la máxima aportación de los españoles a la historia cultural europea y base de la fama universal que acompañó al jesuita valenciano. Pero conviene precisar que el exilio no le impidió, pese a la prohibición gubernamental, comunicar sus ideas a los españoles. Con Juan Antonio Mayans, por medio de su hermano Carlos, mantuvo una intensa y fructífera correspondencia sobre literatura castellana y valenciana, analizada por Mestre y por Amparo Alemany<sup>17</sup>. En cambio, la correspondencia cruzada con Juan Andrés era hasta el momento desconocida.

La primera carta de que dispongo está escrita por Andrés desde Mantua el 23 de agosto de 1784. Había recibido ya las *Observations*, que, a pesar de estar con tercianas, leyó rápidamente y con gusto, hasta el extremo de que podría hacerle "largos elogios". La obra, piensa el jesuita, hará "el deseado efecto en esa nación (Francia), generalmente sobrado despreciadora de las otras". Y, puesto a señalarle los defectos, como quiere Cavanilles, *Observations* está escrita con facilidad, claridad y ligereza francesas, pero con algo de su prisa y superficialidad. Así, después de afirmar que la obra corre de mano en mano, le recuerda el olvido de los méritos del marqués de Santa Cruz como tratadista militar, Ustáriz y Ulloa en el campo del comercio, del jesuita Tomás Cerdá en las matemáticas. Por lo demás, le reprocha que todo el mérito de la renovación cultural española lo atribuya al reinado de Carlos III, y añade: "Bayer y Flórez merecen mayor elogio. Feijoo no se nombra y podía hacer una óptima figura, especialmente escogiendo algunos puntos...¿Y Sarmiento? ¿Y Burriel?". Reconoce que Cavanilles se ha servido del primer volumen de su obra, único aparecido hasta ese momento, "pero conozco que no le tenía presente al tiempo que componía el suyo, no hubiera puesto solamente a la fin del siglo XIII la fábrica de papel de Xátiva y hubiera hallado mil otras noticias que le pudieran aver servido". Y, por supuesto, Andrés se compromete a enviar las *Observations* a Eximeno, Molina y Lampillas, compañeros en el exilio italiano.

En cartas posteriores Andrés aportará nuevos juicios: a Mayans podría haberlo elogiado más, aunque no le gusta el calificativo del "Plutarco español", y debería haber dado más noticias sobre Campomanes, Bayer, Flórez, Corachán, Academias de Barcelona y de Sevilla, y en el *Specimen bibliothecae hispano-maiansianae* (1753) de don Gregorio hubiera encontrado preciosas noticias. El mismo Andrés le comunica la existencia de una carta de Piquer a Mr. Sauvegas sobre los progresos de la filosofía moderna en España y le ofrece datos sobre los jesuitas exiliados. Y, puesto a ofrecerle noticias, le indica la conveniencia de que leyera un artículo en que el barón de Cronek (Ratisbona 1782) invitaba a los ale-

<sup>17</sup> A. MESTRE, *Historia, fueros y actitudes políticas...*, pp.355-369 A. ALEMANY PEIRO, *Juan Antonio Mayans (1718-1801). Esplendor y crisis de la Ilustración valenciana*, Valencia, 1994, pp. 397-405.

manes a aprovechar (como han hecho los franceses) los grandes autores del teatro español (30-XI-1784 y 14-XII-1784).

#### INTERÉS POR LA ILUSTRACIÓN FRANCESA

Ahora bien, a Andrés le interesaba conocer de primera mano el mundo cultural francés y aprovechó la presencia de un paisano culto e inteligente para averiguar la actividad intelectual de París. Así, en la primera carta (23-VIII-1784) hacía una serie de preguntas y, como es natural, inquiría quién era Masson. Pero, dada su curiosidad, solicitaba de Cavanilles que le introdujera con Mentelle de quien deseaba “una noticia de los progresos de la geografía en este siglo, quando no quiera aun darla de otros anteriores, me haría un gran favor”, que de hecho consiguió. Pedía, además, “un quadro de la literatura presente de París, nombrándome los sugetos y el juicio que el público hace de ellos y el que Vm. juzga que merecen”. Y para que quedara clara su intención, especifica: La Place, Cousin y Condorcet de los ya consagrados, pero también de los jóvenes, De Bailly, el abate Leger, bibliotecario de Santa Genoveva, “qué históricos, qué geógrafos, qué antiquarios, qué gramáticos, qué gravistas, qué eruditos tiene París” Y, como acababa de leer en las Gacetas la reciente muerte de Diderot, preguntó por las curiosidades sobre la persona que pudieran interesar a los que vivían lejos de París (23-VIII-1784). En efecto, obediendo la solicitud de Andrés, Cavanilles habló de Diderot, Cousin, Leger, Condorcet, La Place, Lavoisier, La Lande, Cousin y hasta de Necker. Porque Cavanilles explicó lo que sabía y, cuando no tenía bastantes conocimientos sobre la especialidad solicitada, encargaba a los especialistas que complacieran el deseo del jesuita. (15-X-1784, 23-X-1784...)

Hablar del conocimiento que tenían de los “philosophes” los jesuitas exiliados resulta una obviedad después de la obra de Batllori<sup>18</sup>. Y si alguno lo demostró fue Juan Andrés. Así, al recibir la amplia relación de Cavanilles, la agradeció cordialmente, y añadió: “Aunque me eran conocidos los más de los franceses de que me favorece V. de hablar en su última, con todo he leído con particular placer quanto V. escribe de ellos...” Y añadía un juicio que interesa constatar: “Diderot era sugeto muy conocido y empeñava la curiosidad universal, lo que ha hecho recibir con placer las anécdotas que V. me ha favorecido; yo no tenía gran concepto deste hombre, porque sus escritos no me gustan mucho, el sueco Bixesterna me lo hizo formar algo mayor” (30-XI-1789).

Dada la curiosidad universal de Andrés, hablaron de geografía y geógrafos, de botánica y botánicos, de astronomía y de los grandes astrónomos, de matemáticas, de historia natural, de poesía y de los grandes autores conocidos o de los que empezaban a sobresalir. Como, dentro de los límites del presente artículo resulta imposible abordar todos los temas, me limitaré a señalar aspectos especialmente significativos.

Ya sabíamos, por la correspondencia con Viera y Clavijo, que Cavanilles conocía muy bien a Voltaire. “Éstos meses últimos me he divertido infinito en leer sus tragedias, admirando las perfecciones de que abundan, especialmente *Zaire*, *Los americanos*, *Mahomet*, *Brutus*, *Méropé* y la *Muerte del César*” (27-III-1781). Ahora bien, en la amplia exposición del estado de la cultura francesa, al hablar de la poesía y de los poetas del momento, el botánico expresaba con claridad su admiración por Voltaire: “No creo ofender a ninguna nación si digo que pocos años hace poseía la Francia el primer poeta de la Europa, el cantor de Enrique y el autor de tantas tragedias que se admirarán siempre, pero desde que murió Volter (*sic*), se halla el Parnaso asaltado de una multitud de versificantes, sin que

<sup>18</sup> M. BATLLORI, *La cultura hispano italiana de los jesuitas expulsos*, Madrid 1966.

nadie llegue, ni aun de todos juntos, a llenar el vacío de aquel solo hombre tan extraordinario como universal. Con todo entre el gran número, se descubren algunos que pasarían por muy grandes, si no escribiesen aun frescas las gracias de aquel..." (3-XII-1784)

Y, entre estos poetas emergentes, Cavanilles señalaba al abate Delisle, a Saint Lambert, La Harpe, Le Mier y Marmontel, todos de la Academia Francesa. Entre los elogios que dedicaba a todos estos autores, hay que anotar el juicio de que La Harpe era de los más instruidos, criado al lado de Voltaire y, aunque tenía enemigos por su "sobrada satisfacción", sin duda "hoy día es el mejor trágico". En cambio, no apreciaba a Marmontel, desde que leyó *Los Incas*, tan denigrante para la colonización española de América, y "en quanto poeta, es de los medianos". Entre los más jóvenes, Cavanilles hablaba de Rouché, que "es uno de los buenos poetas del día" y de M. le Chevalier de Florian, "uno de aquellos que sobresalen entre los postulantes a las sillas académicas". Y al referirse a los retóricos, materia en que, a su juicio, sobresalían los franceses, incluía a Buffon, Raynal, Rousseau (ya muerto), Condorcet, La Harpe y Marmontel.

Andrés en su respuesta se manifestó más parco en elogios y se remitía al volumen segundo de su obra, ya terminado y que la lentitud de los impresores retrasaba su salida. Pero su juicio es bastante claro: "pero, amigo, si he de decir la verdad, no puedo convenir con V. en mucha parte de los elogios que hace a esos poetas y escritores de bellas letras. Yo alabo a Voltaire y a Raynal con alguna limitación, estimo un poco a Delisle, juzgo a La Harpe y Marmontel más *litterateurs* que hombres eloquentes ni poetas, pero no puedo tomar por verdadero modelo de elogios los de Thomas y mucho menos su Marco Antonio" (19-I-1785). Y años después dirá con contundencia: "Marmontel no es autor de mi gusto, aunque en la parte didascálica no dexo de estimarle" (22-III-1787).

Cavanilles confesó la diferente situación entre los dos correspondientes. Todos los datos eran nuevos para él, mientras para Andrés, "viejo o de poca monta quanto yo le cuento". Sin embargo, continuará exponiendo su criterio, en este caso sobre los historiadores. Mably es un autor que debió impresionar mucho a nuestro botánico. Habla elogiosamente de su *Modo de escribir la historia* a Viera y Clavijo resaltando su "crítica severa de todos los modernos, abriendo en canal a Voltaire y a otros y descubriendo muchos defectos en Robertson" (14-III-1783). Y, por supuesto, de Condillac, cuyas obras, en especial *De sensationibus*, conservarán siempre su gloria. Mably, escribe a Andrés, aunque viejo, se conserva fresco y ágil, y últimamente ha escrito tres obras de muy diferente materia: *Maniere d'écrire l'histoire, Morale, Observations sur le gouvernement et les loix des Etats Unis d'Amérique*. "La primera es mirada como una obra maestra, en ella da verdaderas reglas que se han de observar para que la historia sea útil, reprende el atrevimiento de Voltaire, vendiéndonos mentiras en su *Siglo de Luis 14* y en la *Historia de Carlos 12*; y aunque alaba a Robertson quando trata de sus cosas, le nota algún defecto quando ha querido hablar de nuestro Carlos y Phelipe. Es menester ver esta obrita, que es un tomito en 12º, para conocer el fondo de instrucción de su autor y la utilidad que se seguiría, si se escribiesen las historias como él quiere" (26-I-1785) Más objeciones ponía a la *Moral*, porque tiene algunas máximas dignas de reprensión. Y en cuanto a la política de los Estados Unidos, señalaba las dificultades del tema e insistía en el problema de la tolerancia religiosa.

Más concorde se mostró con estos juicios el jesuita exiliado. Acababa de enviar el segundo volumen de su obra a la prensa, que trataba sobre la poesía, y allí "verá V. algo mal tratados algunos franceses". Y añadía con naturalidad: "Sobre la historia he leído mucho el librito de Mably, de que V. me habla en su última, y no me ha servido poco, si bien no le apruevo enteramente". De sus observaciones sobre el gobierno de los Estados

Unidos de América sólo conocía los resúmenes de las revistas científicas, y de su lectura “me pareció que tenía ganas de criticar a los americanos, pero no mostrava mucha profundidad; sin embargo yo casi convengo con el Sr. Heredia que sea el francés de provecho que vive aora” (10-III-1785). Menos aprecio manifestó el jesuita por otros historiadores como Millot, el historiador de los trovadores, y confesaba no conocer a Desormaux, cuyo *Abregé chronologique de l’histoire d’Espagne* solicitaba Mayans en 1762<sup>9</sup>, pero no dejaba de precisar: “Raynal con todos sus defectos es sin cotejo superior a los historiadores franceses” Este juicio era aceptado plenamente por Cavanilles: “No hay duda que Raynal es el mejor historiador francés”, aunque lamentaba que el prurito de afejar la religión y la moral, con la multitud de falsedades “que cuenta y anima con el fuego de su imaginación y elocuencia, le hará despreciable” (2-V-1785).

Ahora bien, hay un autor que interesó de manera especial a los españoles de las últimas décadas del siglo: Buffon. Ya vimos la pasión de Muñoz por conseguir completar la colección de obras del naturalista francés que ya poseía. Y no podía faltar en la correspondencia de Cavanilles con Andrés. En carta de 6 de noviembre de 1784, en que Cavanilles exponía el estado de la cultura en Francia, habló de los que habían tratado de la historia natural y, en primer lugar, por supuesto, de Buffon. “El mérito y obras de Buffon son sobrado públicas, para que yo me detenga aquí a hablar de este Plinio francés, que ha sabido pintar con tan bellos colores lo perteneciente al reyno animal, que encanta, aun quando nos da por costumbres e inclinaciones de un páxaro, de un quadrúpedo, lo que tomó aumento en su imaginación fecunda. A éste debemos nueve tomos en 4<sup>o</sup> de pájaros, la inmensa colección de quadrúpedos, las épocas de la naturaleza y hasta ahora los tres primeros tomos de su reyno mineral. No pretendo disminuir en nada la gloria de este famoso escritor, pero debo decir que los tomos de las épocas de la naturaleza han sido atacados y combatidos perfectamente por varias obras anónimas, principalmente su systema, sobre la formación y naturaleza de los montes, y aún más el que publicó sobre el ser primitivo de nuestro globo y su calor natural. Contra dichos tomos de las épocas, publicó la Sorbona una censura en un gran quaderno en 4<sup>o</sup> que Vm. habrá visto. De su reyno mineral, no se habla con aquel entusiasmo que reynó al publicarse los tomos de animal”. Y, sin querer disminuir su originalidad e importancia, señalaba los nombres de sus colaboradores (Mr. Guenau y el abate Bexon).

Al mes siguiente, Cavanilles, al tratar de la elocuencia, volvió a hablar de Buffon, celebrando su elocuencia, juntamente con Raynal, Rousseau o Condorcet (3-XII-1784). Andrés comentaba, por su parte, los rumores que había oído sobre el carácter elitista de los intelectuales franceses, que “son difíciles de dexarse tratar de los forasteros”. Así se lo había dicho un caballero italiano que había residido varios meses en París y que “los nobles y los literatos son inaccesibles a los forasteros, que para tener acceso se necesita de mucho tiempo y de mucho dinero; que él sólo ha podido hablar con Buffon y Daubenton, que ha hallado humanísimos” (6-I-1785).

Dado que Andrés calló sobre los juicios emitidos por Cavanilles, especialmente sobre Buffon, el botánico quedó inquieto, y pronto expuso con claridad sus dudas. “El silencio que Vm. guarda sobre la censura que puse a M. de Buffon, no sé si lo atribuya a pensar Vm. como yo, o a despreciar mi bachillería; en este último caso puede Vm. ver lo que dice su traductor inglés, M. Smellie, el qual, con la autoridad de muchísimos naturalistas alemanes, ingleses y suecos, le acusa de haver adoptado como (h)echos un número infinito

<sup>9</sup> G. Mayans a G. Cramer, 15-II-1762, en G. MAYANS y SISCAR, *Epistolario XII, Mayans y los libreros*, Valencia 1993.

de mentiras, de tener poco conocimiento de anatomía y química (en estos dos artículos no sé si tiene razón) estando en prueba las opiniones que sienta sobre el himeneo y tierras arcillosas; le acusa de no estar familiarizado con la literatura alemana e inglesa, de no haver repetido las experiencias que destruyen su systema, de no haver (h)echo caso de los escritos de varios sabios como Haller, Boner, Spalanzani, Pallas etc., que le han probado ser falsas muchas de sus opiniones. En fin, de havernos querido vender como verdades sus sueños sobre la época de la naturaleza etc.” (19-II-1785).

Ante esta invitación formal, Andrés respondió con claridad. “De Buffon admiro la elegancia y en esto le juzgo singular, de su ciencia naturalística sé qu n poco contentos est n los naturalistas, y así he oído hablar de él a Scopoli y a otros; lo que escribe me lo confirma el cavallero Pavesi (que este cavallero cuia librería está mui provista de lo que toca a ciencias naturales y antigüedades y está enteramente a mi disposición) luego que ha oído lo que V. escribe de la cometograf a de Pingr , la ha ordenado” (4-IV-1785). Un mes después, Cavanilles comunica: “Buffon lleva ya publicados tres tomos de su reyno mineral, pero se le escasean los elogios” (2-V-1785).

Por supuesto, nuestros paisanos no hablaron exclusivamente de ciencias y literatura. También hablaron de arte, de España, de los intelectuales valencianos, de la Revolución Francesa... Andrés coment  su viaje por Italia, las maravillas artísticas conservadas en los museos (Florencia, Roma, Nápoles) y expresó su entusiasmo por Rafael, Ticiano, Luini..., pero también dio su juicio muy elogioso sobre David (en concreto sobre el cuadro de los Horacios) y con menos elogios sobre C nova (4-II-1786). En consecuencia, resulta lógico que el jesuita invitara en repetidas ocasiones al botánico a viajar a Italia, viaje cultural muy interesante por la belleza de las ciudades y museos, visitada por tantos extranjeros (menos frecuente la de los españoles) al tiempo que se ofrecía como *cicerone*.

#### PREOCUPACIÓN DE ANDRÉS POR LA CULTURA ESPAÑOLA

La ausencia de España desde el extrañamiento en 1767 no hizo olvidar al jesuita sus raíces. El 4 de abril de 1785, hablando del posible viaje de Cavanilles y sus discípulos a Italia, se complacía imaginando los bienes que “me puedo prometer para la patria, la qual, *quomodocumque de me merita*, me está siempre en el corazón”. Y Andrés habl  con mucha frecuencia de España y de los españoles. Celebró la fama que iba adquiriendo Cavanilles, coment  que había visto en un catálogo “una traducción alemana de la *Industria popular* de Campomanes, y tengo especie de aver visto, o en alemán o en latín, en Alemania su libro de la *Amortización*, y creo también aver leído algunos años ha anunciada en un jornal una traducción alemana con notas del *Viage de España* de Ponz” (10-III-1785). Y, en carta posterior, habl  de Quer, Asso, Solano de Luque, Burriel (traducido al francés e inglés) y de Casimiro Ortega (4-IV-1785).

Ese recuerdo de España iba unido al sentimiento de decadencia que experimentaban los ilustrados ante el estado cultural de la nación y al concepto que tenían los valencianos de la apología de España. Frente a las alabanzas indiscriminadas por las cosas y personajes hispanos, Mayans había reaccionado con limpieza: sólo valen los elogios de los verdaderos valores y merecen el mayor desprecio quienes creen que deben tributarse todas las alabanzas, aunque sean sobre falsos valores. Así, en carta al confesor de Fernando VI, el jesuita Francisco Rávago, escribir : “Vives escribió en un tiempo en que se renovavan las ciencias i todo quanto decía en beneficio público se recibía bien. Yo escribo en tiempo en que las ciencias se ven renovadas en toda Europa i totalmente descaeci-

das en España, donde suele tenerse por política, introducida por hombres bien hallados en su ignorancia, no hablar de las cosas de la propia nación sino alabándolas. Si alabarlas fuera hacerlas buenas i hacer creer su bondad a los estrangeros, yo sería el primero que las alabaría; pero dissimular i aun autorizar la ignorancia i la superstición, i más quien está obligado a no tolerarlas ni permitir las, es egeemplo pernicioso"<sup>20</sup>. Esta actitud le ganó de la animosidad de determinados grupos de la Corte y de los poderes políticos.

Ahora bien, ésta será la actitud de los ilustrados valencianos: las grandes obras, en este caso culturales, constituyen la verdadera apología de España. Pérez Bayer se expresó con contundencia: "Tengo estas apologías por inútiles. Si es cierto que en España siglo y medio ha, o muy cerca, esto es, desde por los años 1640, que somos bolonios, ¿a qué gastar tiempo y papel en estas defensas? Mejor es confesar de plano nuestra desgracia y cada uno por nuestra parte enmendarnos"<sup>21</sup>. También Muñoz participaba de ese criterio. Cuando se le encargó la defensa del descubrimiento y colonización americanas contra los ataques de Raynal y Robertson, dedicó su mayor esfuerzo a recoger los documentos fehacientes y las fuentes históricas, creando el Archivo de Indias. Y en el momento de publicar su primer volumen (y definitivamente el único) de su *Historia del nuevo mundo*, Juan Antonio Mayans, a quien el cronista de Indias había explicado el proceso de recolección de documentos y su método, dirá confidencialmente que la obra de Muñoz contiene buenos materiales pero "poco acierto en escribir"<sup>22</sup>. Esa crítica no tiene importancia en comparación con el elogio de los documentos aportados y, sobre todo, de la creación del Archivo de Indias, verdadero arsenal de las fuentes de estudio sobre América. Por lo demás, el mismo Muñoz dirá a Cavanilles que no pretende hacer una apología, tampoco una sátira, sino adaptarse a la verdad histórica.

Quizás este ambiente intelectual explique la actitud de Cavanilles: defendió el honor de España, cuando lo vio censurado por Masson de Morvilliers, pero no entró en la polémica de las apologías suscitadas por el concurso convocado por la Real Academia y el Secretario de Estado conde de Floridablanca, cuyo símbolo fue la *Oración apologética* de Forner. Recibió la felicitación de sus amigos (Juan Antonio Mayans, Andrés...) pero el botánico siempre dijo que había redactado sus *Observations* para los extranjeros que ignoraban nuestro pasado. En el fondo, Cavanilles participaba del criterio iniciado por don Gregorio. Así lo indicaba a Viera: "Ahora espero con ansia el que se publiquen las apologías que debe premiar la Academia Española, porque en fin algo aprenderemos. Pero empiezo a compadecerme de los pobres autores que serán censurados, mordidos y perseguidos, aunque hagan primores: bien que el mejor modo de hacer apologías sería publicar obras de mérito y talento" (30-I-1785).

En esa misma línea le indicaba Juan Antonio Mayans: "Se estudia menos ahora que cuando Vm. se ausentó deste pueblo. Dios quiera darnos días más alegres para vindicar la nación con hechos propios nuestros, como Vm. lo practica con esplendor" (16-III-1784). Del mismo criterio era Juan Andrés que no dudó en expresarle su criterio de que el mismo Cavanilles se había excedido en los elogios a los españoles: "Ni V. ni yo creeremos lo que dice Piquer en su carta, que la España en materias de nueva filosofía podía ya entonces competir con qualquier otra nación; y yo pienso que V. tampoco creía que

<sup>20</sup> Mayans a Rávago, 10-II-1748, en G. MAYANS y SISCAR, *Epistolario X, Mayans y Martínez Pingarrón 1*, Valencia 1987, p. 298

<sup>21</sup> Pérez Bayer a M. do Cenáculo Villasboas, 26-VIII-1784, texto en A. MESTRE, *Influjo europeo...*, 449.

<sup>22</sup> Texto en A. MESTRE, *Historia, fueros...*, 338.

muchos elogios de los que dava en su libro convinieran realmente a los sugetos loados; los elogios excesivos hacen más mal que bien y hacen que no se crean los justos y verdaderos" Y, para confirmar su aserto, le indica que podía haber alabado más a Mayans, Flórez, Bayer, Campomanes y otros (14-XII-1784).

En efecto, Cavanilles hizo una noble apología de España, pero con sus estudios de botánica. Juan Andrés, que criticó los excesivos elogios de personajes españoles, celebraba la difusión de *Observations* que había leído haber sido traducido al alemán, como también los primeros volúmenes de su extensa obra sobre la historia de la cultura (4-II-1786). Pero muy pronto observará Andrés la importancia de los trabajos de botánica de Cavanilles y manifestará su alegría porque la Academia de Ciencias de París hiciera justicia a sus méritos, pues su nombre ya es conocido en todas partes (23-III-1786). Que se trata de los estudios del botánico, no hay duda alguna, pues en carta del 15 de junio de 1786 escribía: "Doy a V. mil gracias y norabuenas por su disertación botánica; la he leído luego y la he leído con mucho gusto, admirando la sutileza de su ingenio". Éste es, a juicio del jesuita, el verdadero modo de honrar a la nación. "Me he complacido también muchísimo de que aya V. procurado hacer honor a nuestra nación, dando a sus plantas los nombres de los nuestros que mejor las han conocido; ésta es una apología indirecta de nuestra nación, i si V. lo pudiera hacer con más extensión en esta clase y otros igualmente en otras, no necesitaríamos de otras apologías".

Estamos ante la constante idea de nuestra decadencia y de la necesidad de apologías que recorre todo nuestro siglo XVIII. Por eso Andrés dirá en repetidas ocasiones que los trabajos botánicos de Cavanilles constituyen una verdadera apología de España. Porque el jesuita exiliado vivía pendiente de la cultura española. Así, cuando supone que Cavanilles fue a Madrid, le pregunta sobre el nivel cultural hispano. "Ahora que ve V. la España después de tantos años de París, ¿qué me dice de su cultura y qué esperanzas forma V. de sus futuros adelantamientos? ¿Se ha abandonado el gusto escolástico? ¿Se conocen y se estiman los buenos estudios? ¿Se forman proyectos para perfeccionar algunos ramos de la ciencia?" (10-X-1787). Y Andrés pregunta por el resultado de las expediciones a América, las investigaciones de los científicos (Izquierdo, Angulo...) pensionados por el gobierno que han residido en el extranjero, la posibilidad de inauguración de una Academia de Ciencias siempre deseada..., para finalizar con un deseo: "que vea con su autoridad y con la del Sr. duque (del Infantado) y de su hijo de promover y acalorar un poco o un mucho los lánguidos deseos de los nuestros de ponerse a nivel con los forasteros".

Porque, en el fondo, Andrés temía que Cavanilles, al entrar en contacto con el ambiente madrileño, se contagiase de su indolencia y despreocupación, "y no dudo que a su vuelta a Madrid hará ver a todo el mundo literario quién es el director del Jardín Botánico de Madrid; aquellas aguas del Manzanares suelen causar en todo un tal letargo, que me tomo la libertad de suplicar a V. vaya bien prevenido contra ellas, y no se dexen ganar de la lenteza y floxedad tan común a nuestros nacionales" (11-IV-1788).

Sobre el modelo de estudios que deseaba Andrés ver fomentados no hay duda: menos escolástica y más ciencias experimentales. Así, después de agradecer noticias sobre los experimentos de Charles en París, que suponía habría citado los admirables trabajos de Alejandro Volta en Pisa, celebraba la novedad de fundir "la platina de Mr. Peletier", y añadía: "podrían ver nuestros españoles cuánto más útiles les serían la química, mineralogía y otros estudios semejantes, que tantas filosofías y teologías" (6-V-1789). Sin embargo, el jesuita consideraba bien dotados a los españoles, y de manera especial a los valen-

cianos, para el estudio de las ciencias. Y en su afán de recuperar el prestigio cultural de España con la publicación de obras de indiscutible mérito, insistía en repetidas ocasiones en la fama de Cavanilles. Así le comunicó, después de alabar su trabajos sobre la "*monadelfia*", que un siciliano había publicado una obra de botánica, y "los periodistas de Gotinga, al anunciarla, se dolían que no hubiera el autor visto las disertaciones de Cavanilles" (28-I-1790)

Con el telón de fondo de la auténtica apología de España, basada en los verdaderos valores, Andrés insistía en los trabajos de nuestro botánico, en este caso en los volúmenes de sus "*Icones*", aunque hay otros autores que merecían elogios. "Aunque a tantas leguas de distancia de nuestra nación desaparecen las pequeñas divisiones corográficas y toda España es patria, no dexa con todo de presentárseme con particular afecto nuestro reino de Valencia, y de serme de gran consuelo el ver salir de los valencianos las obras que hacen honor a los españoles. V., el Sr. Bayer, los Ciscares, Muñoz, Cerdá y varios otros hacen ver quán presto mudaría la Europa de concepto de la literatura española, si todas las provincias de España produxeran sugetos semejantes". Y hacía la misma observación sobre los jesuitas valencianos exiliados: Eximeno, Colomes, Lasala, Serrano, los Garcías, Pinazo y varios otros, eran todos valencianos (28-X-1793).

Unos años después, el 15 de febrero de 1796, Andrés volvía sobre el mérito de nuestros literatos y el honor de España. Desde Milán le pidieron noticias de España para incluir en una revista, *Arti e scienze*, y no pudo enviar muchas cosas. En las *Observaciones* de Cavanilles sobre el reino de Valencia esperaba que tuvieran para varios artículos y después en el tomo de la Academia Médica. Más aún, el jesuita contaba su actitud ante las numerosas visitas que recibía en Mantua (italianos, alemanes, franceses, ingleses y de otras naciones): los llevaba a su biblioteca e insistiendo en los buenos libros, pasaba con rapidez sobre lo que vale poco. "Dos cosas puedo asegurar a V. 1ª, que entre tantos centenares de personas, con quienes he hecho esta función, apenas he hallado 10 ó 12 a quienes no viniera nuevo quanto veían. 2ª, que una de las obras que más juego me hacen es la de *Icones*, así como lo será aora quanto llegue de la descripción del reino de Valencia. Otra reflexión quiero hacer a V. porque gloriosa a nuestro reino, que si todos los otros tuvieran sus Jorge Juan, sus Mayans, sus Bayeres, sus Ciscares y sus Cavanilles, ¿qué nombre no se haría de nuestra nación?" (15-II-1796).

Ahora bien, el máximo interés de Andrés -y es lógico- estaba en las noticias de París que podía facilitarle Cavanilles, porque, como repetía en múltiples ocasiones, París era la capital de Europa. Valga, por todos, este testimonio: "Déme V. las noticias que ocurran, y en falta de literarias, las que nunca faltarán en esa grande y docta ciudad, déme cualesquiera otras, pues las cosas de París interesan en todas partes, y para mí quanto me venga de la pluma de V. me será muy apreciable" (23-III-1786).

Desde esa perspectiva, no podían faltar algunas preguntas sobre la Revolución Francesa. Ya señalé en otra ocasión el desinterés de Cavanilles que, escribiendo a su amigo Viera el 14 de julio de 1789, no hacía ninguna alusión a la toma de la Bastilla. Era todo un síntoma. Pero el jesuita exiliado tenía que preguntar por el alcance y sentido de la Revolución. Después de hablar de botánica y de historia natural, abordaba los hechos políticos "¿Y qué me dice V. de las cosas de Francia? Siendo que aquellos literatos se ayan engolfado en aquel turbillón político, del que Dios sabe cómo saldrán... La revolución de la Francia es una de las más grandes que se lean en las historias y se tiene naturalmente la curiosidad de conocerla internamente. V., que se ha hallado en ella y conoce los actores de la tragedia, querrá formar el carácter dellos y darme alguna idea de la trama de

aquella acción, con su juicio de lo que cree que vendrá a ser, me hará hartar favor" (28-I-1790).

No poseo la respuesta de Cavanilles, pero unos meses después, expresaba el jesuita su gran preocupación: "Sobre Francia quiera Dios que pare en bien tanta revolución", pues sabía por el General de los capuchinos que muchos de sus frailes habían abandonado la religión y suponía que lo mismo sucediera en otras órdenes (15-IV-1790). En años posteriores, Andrés se hará eco de los desastres de la guerra que los ejércitos revolucionarios franceses llevaron a Italia: impide el normal funcionamiento de los correos (12-V-1796) y dificulta el envío de libros a Cavanilles (9-II-1798), al tiempo que manifiesta sus deseos de paz que permitiera emplear el tiempo en los estudios y en el comercio (1-VIII-1801). La capacidad de adaptación a las circunstancias, que señala Batllori como uno de los rasgos del carácter de Andrés, no llegaba a permitirle adaptarse al desorden y a la violencia de la guerra.

Por lo demás, en repetidas ocasiones, Andrés difundió la obras de Cavanilles en Italia, hizo reseñas en las revistas científicas, envió libros italianos a su amigo residente en París o en Madrid e hizo recensión de las obras italianas que pudieran interesar a nuestro botánico. Es decir, la correspondencia cruzada entre el científico y el jesuita exiliado constituye un ejemplo más (los de Mayans, Andrés o Bayer ya eran conocidos) del intercambio cultural que nuestros ilustrados, pese a circunstancias no siempre favorables, mantuvieron entre sí y con la cultura europea y española de fondo.

Y una última reflexión. Aludía al principio del artículo al hecho sorprendente de que, a partir de mediados del XVIII, nuestros hombres de letras más conspicuos abandonaron Valencia. Madrid, residencia de la Corte y centro del poder, se convirtió en el lugar preferido donde se instalaron nuestros ilustrados. Piquer como médico de la familia real, Pérez Bayer, después de una prolongada residencia en Roma, como canónigo de Toledo y preceptor de los Infantes reales, Blasco como su ayudante en la preceptoría de los Infantes, Muñoz como cosmógrafo mayor y cronista de Indias, Cavanilles antes de su marcha a París, Cerdá Rico como bibliotecario real, el hijo del impresor Benito Monfort como grabador y tesorero de la Real Biblioteca, Raimundo Magí religioso de la órbita de Roda y después obispo de Guadix, Felipe Bertrán como inquisidor general, Antonio Ponz pintor y viajero pensionado por el gobierno para viajar por España y describir los tesoros artísticos, Joaquín Lorenzo Villanueva que, después de explicar teología en Orihuela y Salamanca, establecía su residencia en Madrid bajo la protección del inquisidor Bertrán... El aglutinante de todo el grupo (salvo Piquer y Cerdá Rico) es, sin duda alguna, Pérez Bayer.

Por otra parte, el decreto de extrañamiento de los jesuitas hizo que personalidades, que alcanzaron en Italia indudable prestigio universal, abandonaran Valencia. La personalidad de mayor relieve fue Juan Andrés, pero había otros que vimos señalados por el mismo Andrés y han sido estudiados por Batllori. Finalmente, otros relevantes científicos se formaron fuera de Valencia, como Jorge Juan y Gabriel Ciscar, que alcanzaron merecido prestigio como científicos y desempeñaron su actividad lejos de nuestras tierras.

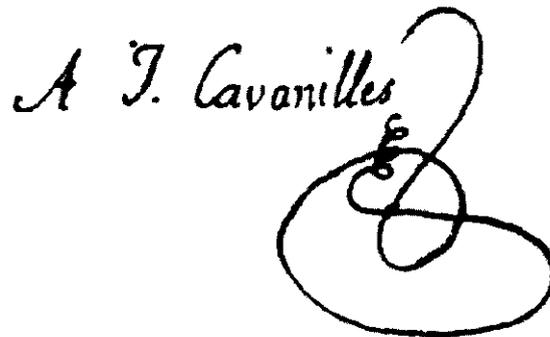
Esta dispersión constituyó una enorme pérdida para nuestro desarrollo cultural y provocó una huida de cerebros que condujo a un indudable provincianismo intelectual para Valencia. Blasco volvió para regir la Universidad como rector vitalicio impuesto por el gobierno de Madrid, y su presencia constituyó un acicate en la redacción del plan de estudios de 1786, el mejor de los planes de la reforma ilustrada, según todos los historiadores. Bayer volvió a Valencia para morir en su tierra y su biblioteca, legada a la

Universidad, fue casi completamente destruida durante las guerras napoleónicas. Los demás ilustrados desarrollaron su actividad cultural, publicaron sus libros y murieron fuera de Valencia. ¿Qué hubiera sido del mundo cultural valenciano, si aquí hubieran residido o desarrollado su actividad, esos personajes cuyas obras enseñaba Andrés en su exilio italiano: Mayans, Bayer, Jorge Juan, Ciscar, Cerdá Rico, Muñoz, Cavanilles y el mismo jesuita? Un síntoma de lo que hubiera podido ser lo tenemos en las *Observaciones sobre la historia natural, geografía, población y frutos del reyno de Valencia*, (1795-1797), que el mismo Cavanilles llevó a cabo en la breve residencia entre nosotros después del regreso de París, en una especie de semidestierro de la Corte.

Estamos ante una reflexión sobre futuribles, que de nada sirve. Lo cierto, e históricamente válido, es que Valencia, que había mantenido la iniciativa renovadora desde finales del XVII (*novatores*, deán Martí) hasta mediados del XVIII (Mayans), exportó intelectuales, pero perdió iniciativa. La misma correspondencia ahora analizada demuestra este juicio. Cavanilles buscó la dirección de Real Jardín Botánico de Madrid, se vinculó a la protección de Godoy y no hizo mucho caso de las repetidas instancias del rector Blasco para que fomentase la creación del Jardín Botánico de Valencia.

Y cuando Blasco quiso que Soriano, un joven científico valenciano, fuera a Madrid a completar su formación en el Jardín Botánico, temía que la atracción de la Corte sea tan poderosa, que no quisiera regresar a Valencia. Éstas eran sus palabras: “vengamos a los de Soriano. El pensamiento es excelente, pero trae consigo la dificultad de que, yendo a Madrid un joven de mérito, donde podrá introducirse fácilmente y entrar en grandes esperanzas, después no ha de querer volver a Valencia. Esto me retrae, y sin asegurarme de que ha de volver y ser útil a la escuela, no es justo que yo meta a la Universidad en gastos que de nada le sirven” (4-I-1802). ¿Recuerdo de su propia experiencia, cuando abandonó la Corte para regresar a Valencia, aunque fuera como canónigo de la catedral?

De cualquier forma es todo un síntoma de que los hombres de gobierno experimentaban el fenómeno. Valencia dejó de ejercer atracción sobre las cabezas mejor dotadas que deseaban medrar a la sombra del poder. Y la cultura y la investigación científica no tardaron en resentirse y perder fuerza y empuje.



Autógrafo de A. J. Cavanilles.